El privilegio de ver crecer a un genio

Era cuestión de tiempo que empezaran a aparecer libros sobre Faustino Oro. Puede pensarse que es una locura escribir algo más que un artículo sobre un chico de solo 12 años (13, cuando se publique esta edición), pero hablamos de un talento superlativo, probablemente el mayor que ha dado el ajedrez en español desde que, hace un siglo, Capablanca dominó los tableros y se convirtió en campeón del mundo.

Por supuesto, es imposible saber si Fausti llegará a portar la corona algún día, pero ya intuimos que le quedaría bien, como mínimo. Jorge Rosito, su primer entrenador, lo entendió muy pronto. Era un profesor experimentado, pero lo que se encontró al empezar a trabajar con el pequeño Oro se salía por completo de lo habitual. El maestro internacional argentino comprendió enseguida el reto al que se enfrentaba. Es otra forma de ser un elegido: tuvo el privilegio de ver crecer a un genio ante sus ojos, un compatriota de siete años al que observaba con una mezcla de fascinación y orgullo. También con un punto de inquietud, porque como suele ocurrir con los mayores golpes de suerte, conllevaba una gran responsabilidad.

Rosito nos permite revivir la carrera todavía corta de Fausti, observar de cerca sus progresos y comprender hasta qué punto su cerebro infantil, ya adolescente, ve cosas que la mayoría de adultos no aciertan a vislumbrar en su vida. Su maravillosa mente trabaja además a una velocidad vertiginosa y, para completar el insólito retrato, su personalidad tampoco es la previsible. A nadie le habría extrañado que Fausti encajara en el estereotipo de niño prodigio, refugiado en la acogedora calidez del tablero, un campo de juego infinitamente más justo que la vida. «Me encontré con un niño verborrágico, alegre e inquieto, con una felicidad limpia en la mirada», describe el maestro sin poder disimular la sorpresa.

Rosito también dedica unas páginas a contarnos su propia vida, no para alardear, sino para transportarnos a otra época con un aroma que los *milenials* nunca conocerán. Quienes crecimos como coetáneos de Garri Kasparov, década arriba o lustro abajo, vivimos aquellos tiempos de ajedrez casi artesanal, cuando los relojes no eran digitales y al terror de la jugada secreta le seguía el extenuante análisis de la partida aplazada.

Jorge Rosito también acierta a la hora de mostrar el vértigo que supone pasar de jugar para uno mismo a entrenar a otros, de alegrarse por los triunfos ajenos más de lo que nunca celebró los

propios. Al mismo tiempo, confiesa su estupefacción al comprobar que el chico lo asimilaba todo a tal velocidad que lo difícil era presentarse con la leña suficiente ante aquella hoguera insaciable de conocimiento. Las cualidades de Fausti no se detenían en la octava fila. A los siete años debutó como *streamer*, un oficio en el que podría ganarse la vida, justo cuando empezaba a saborear lo que se siente al derrotar a un maestro, aunque sea en una partida por internet.

El libro de Rosito incluye otro regalo valioso: algunas de sus lecciones. Nos da la oportunidad de emular al chico, aunque, sin ánimo de menospreciar la capacidad del lector, no cabe esperar que calen en su mente tan rápido ni tan profundo. En todo caso, el aficionado disfrutará con las posiciones elegidas, de alto valor pedagógico. Si quiere sacarle el máximo partido, debería intentar descubrir las soluciones sin atajos. ¿Por qué no aprovechar una clase gratis del entrenador que empezó a forjar el talento afilado de Faustino Oro?

Por último, el libro se complementa con una excelente selección de partidas. Merece la pena detenerse y contemplarlas como escalones hacia la excelencia. En los comentarios de Rosito se percibe la admiración con la que el maestro comprueba que su alumno lo asimila todo y comprende el ajedrez de una manera natural, quién sabe si como el propio Capablanca.

Para mí, también es un privilegio tener la oportunidad de escribir este prólogo. Creo que fui el primer periodista no argentino que pudo entrevistar a Faustino. Recuerdo bien que fue gracias a un soplo del Divis, atento a los increíbles progresos de aquel niño dicharachero en Chess.com. Luego, coincidí con él en numerosos torneos, incluido el de jóvenes promesa de Yeda, su primera salida internacional. Tuve la suerte de seguirlo en distintas competiciones y empecé a conocerlo de cerca. Jugué (perdí) y hablé con él, charlé con sus padres e incluso con sus abuelos. Los retraté a todos con mi cámara y comprendí que, además de la lotería genética, a Fausti le había tocado otra mucho más cotidiana, que no solo disfrutan los genios: la de crecer en un entorno saludable y a la vez exigente. Vivió el cariño de los suyos y disfrutó de un trampolín único para saltar sobre sus sueños. El ajedrecista, ya gran maestro, no ignora que gozó desde el principio de gigantescos privilegios, que a su vez le otorgaban el lado incómodo, al menos para alguien tan pequeño, de afrontar toda la responsabilidad que aquello conllevaba.

Rosito recuerda que a Faustino empezaron a llamarlo pronto «el Messi del ajedrez». Así tituló el diario 'El Mundo' la entrevista que le hice por videoconferencia cuando solo tenía 9 años. Los paralelismos son evidentes y la comparación es pertinente, más aún desde que los Oro-Simondi se vinieron a vivir a Cataluña, tal y como hizo el joven Lionel con 13 años. En cualquier caso, como le dijo Magnus Carlsen después de invitarlo a jugar en Noruega, algún día será Messi quien se sienta orgulloso cuando se refieran a él como el Faustino Oro del fútbol.

Fausti seguirá creciendo y aprendiendo de los más diversos entrenadores. El camino será duro y requerirá sacrificios, quizás incluso más de lo que ha sido hasta la fecha, pero lo esencial es que el chico siga jugando y divirtiéndose. Sus sueños solo serán posibles si no pierde la ilusión del niño que destrozaba la casa con la pelota cuando aquel virus maldito nos obligó a encerrarnos. Si no deja de reír ni permite que las horas de trabajo conviertan su pasión en una carga, estará más cerca de alcanzar su meta, que no es otra que convertirse en el mejor del mundo.

No sabemos si la cruzará con éxito. Infinidad de genios no terminan de desarrollar todo su potencial, por un motivo u otro. Fausti quizá se canse o renuncie ante la extrema dureza de la ruta. O quién sabe si su techo no estará más bajo de lo que la mayoría imagina. Son demasiadas incertidumbres, aunque siempre nos quedará la certeza de saber que lo logrado hasta la fecha es algo de otro planeta.

Me gustaría terminar con una frase que pronuncia Fred Waitzkin, el padre del chico ajedrecista que protagoniza la película *En busca de Bobby Fischer*. El papel lo interpreta Joe Mantegna con su habitual eficacia. En un encuentro con la profesora, el hombre reacciona airado cuando ella deja ver que el ajedrez no le parece mucho más importante que el parchís. Es una respuesta controvertida y algo ruda, pero aplicable a varios tipos de negacionistas: «Mi hijo es mejor en esto de lo que yo seré en cualquier otra cosa en mi vida. Es mejor en esto de lo que tú nunca serás. Él tiene un don. Cuando lo reconozcas, quizás tengamos algo de qué hablar».

Federico Marín Bellón, octubre de 2026

Introducción

La historia que voy a contar podría confundirse con el guion de una película. Pero no es ficción. Yo estuve ahí. Durante cuatro años ininterrumpidos acompañé su formación y fui testigo del nacimiento —y de la construcción paciente— de algo que, con el tiempo, el mundo llamaría extraordinario.

Este libro nace, ante todo, del agradecimiento. Del agradecimiento a la vida por haberme permitido vivir una experiencia que muy pocos entrenadores tienen la fortuna de atravesar: acompañar, desde los primeros pasos, el recorrido de un genio. Más que una crónica sobre ajedrez, estas páginas son el testimonio de un privilegio que todavía hoy me cuesta dimensionar.

Cuando todo comenzó no había récords, ni títulos, ni rankings internacionales. Había un niño que llevaba apenas unos meses jugando al ajedrez y una pantalla encendida en plena pandemia. La vida cotidiana había cambiado por completo: las calles vacías, los clubes cerrados, los torneos suspendidos. Sin embargo, en ese pequeño rectángulo luminoso empezó a desarrollarse un proceso cuya dimensión entonces nadie podía imaginar.

Lo que ocurrió después no fue producto del azar. Hubo método, disciplina y un trabajo sostenido incluso cuando afuera reinaba la incertidumbre. Con los años comprendí que estaba presenciando el surgimiento de un talento singular. Pero en aquellos primeros encuentros no pensaba en récords ni en hazañas; solo tenía una intuición persistente: había algo distinto.

Con el tiempo el mundo hablaría de títulos y de marcas históricas. Yo recuerdo otra cosa. Recuerdo las risas.

En cada clase había un momento en que se reía. No era una risa nerviosa ni complaciente, sino la alegría genuina de un niño que disfrutaba profundamente el proceso. Descubrir una combinación inesperada lo hacía reír; encontrar una idea sutil en una posición compleja también; incluso equivocarse y comprender el error podía terminar en una carcajada compartida. Para mí, esa fue la primera señal.

El talento puede ser precoz. La memoria puede ser extraordinaria. La capacidad de cálculo puede asombrar. Pero el disfrute auténtico del aprendizaje no se enseña. Y en aquellas primeras clases, mientras el mundo parecía detenido, yo veía a un niño reír frente al tablero.

Todo lo demás vendría después.

1. La segunda clase

Faustino afirmó que podía dar el mate de
alfil y caballo en menos de dos minutos

El 4 de septiembre de 2020 la pandemia había alterado la vida cotidiana en todo el mundo. El ajedrez presencial había cedido su lugar a las plataformas *online* y, en ese contexto tan particular, comenzó nuestra primera clase.

Ese día conocí a Faustino Oro. Tenía seis años y cumpliría siete el 14 de octubre.

Un día antes, su padre Alejandro me había hablado con sorpresa: su hijo subía puntos de Elo semana tras semana en Lichess. No era un progreso gradual, sino un ascenso sostenido que también había llamado la atención de su abuelo, Don Luis Oro, jugador de primera categoría a quien enfrenté en 1991. Don Luis fue quien dijo, con serenidad, que aquello no era normal.

Ese comentario despertó mi curiosidad. Después de tantos años dedicados a la enseñanza, uno aprende a ser prudente con las primeras impresiones. Había conocido a muchos chicos talentosos, había trabajado con jugadores de distintos niveles y sabía que en el ajedrez infantil los progresos pueden ser muy rápidos. También sabía que muchas veces las expectativas de quienes rodean a un niño corren bastante más rápido que su verdadero desarrollo.

Por eso preferí observar. En ajedrez, el progreso tiene un precio: horas de estudio, errores repetidos, derrotas que enseñan y paciencia. Se puede tener facilidad, memoria, intuición o una capacidad de cálculo superior a la media, pero tarde o temprano el tablero exige trabajo.

Con esos antecedentes comenzó nuestra primera clase. Me encontré con un niño verborrágico, alegre e inquieto, con una felicidad limpia en la mirada. No percibí la disciplina rígida de un talento presionado ni a un chico preocupado por demostrar algo. Vi, simplemente, a un niño que disfrutaba enormemente del ajedrez.

Y eso me gustó.

Con los años aprendí que, cuando se trabaja con chicos, ese dato no es menor. El talento puede llamar la atención del entrenador, pero si detrás de ese talento no existe un verdadero deseo de jugar, descubrir y aprender, resulta muy difícil construir algo duradero. En Fausti el disfrute estaba a la vista: hablaba, preguntaba, se entusiasmaba y se reía.

Durante esa primera hora percibí talento, por supuesto, pero nada que me hiciera pensar que

estaba frente a un caso completamente fuera de lo común. Había una facilidad evidente, pero mi experiencia me llevaba a mantener los pies sobre la tierra. Una clase es una clase. Un entrenador necesita tiempo para observar cómo piensa el alumno, cómo reacciona ante un problema desconocido, qué hace cuando se equivoca y cuánto recuerda de una clase a la siguiente.

Por eso terminé aquel primer encuentro interesado, pero sin imaginar lo que vendría.

El verdadero impacto llegó en la segunda clase.

En un momento, casi con la naturalidad de quien no advierte lo extraordinario de lo que está diciendo, Faustino afirmó que podía dar el mate de alfil y caballo en menos de dos minutos.

Confieso que no le creí. Y creo que mi incredulidad tenía fundamentos. El mate con alfil y caballo no es un ejercicio elemental. Exige precisión, coordinación y comprensión espacial. Hay que llevar al rey rival hacia la esquina correcta, coordinar tres piezas y evitar que escape hacia la zona equivocada del tablero. Incluso jugadores fuertes no siempre dominan el procedimiento con soltura.

Fausti llevaba apenas cuatro meses moviendo las piezas.

Cuatro meses.

Mi experiencia me decía que aquello no cerraba. Pensé que tal vez exageraba, como puede hacerlo cualquier chico. O que conocía algunas posiciones del final pero no el mecanismo completo. Quizás lo había practicado muchas veces y necesitaba una posición determinada.

No dije demasiado. Preferí verlo.

Armó la posición en Lichess y comenzó. Las jugadas empezaron a aparecer una detrás de otra, sin vacilaciones, sin retrocesos, sin preguntarme nada. Yo observaba la pantalla y, a medida que avanzaba el ejercicio, mi escepticismo empezaba a desaparecer.

No había movimientos desesperados buscando recordar qué venía después. Tampoco aparecía esa pausa característica de quien memorizó un procedimiento pero perdió por un instante el hilo de la secuencia.

Fausti sabía lo que estaba haciendo.

En menos de dos minutos la posición estaba resuelta. Mate.

Recuerdo el silencio después de aquella última jugada. Hay momentos en la carrera de un entrenador en los que uno necesita unos segundos para procesar lo que acaba de ver. A mí me ocurrió eso.

No era solamente la velocidad. Había algo más: la sensación de que el procedimiento estaba interiorizado. Entendía hacia dónde debía conducir al rey, cómo coordinar sus piezas y qué función cumplía cada una.

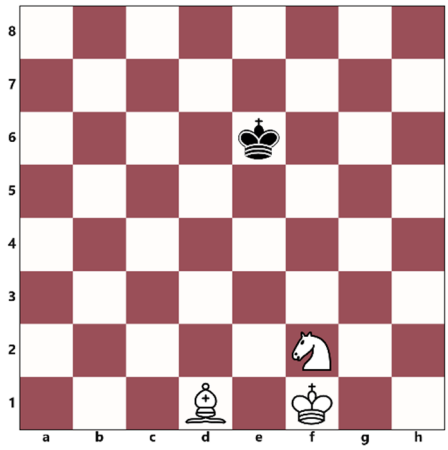
Y ahí apareció por primera vez una pregunta que, con el tiempo, volvería muchas veces durante nuestros años de trabajo:

¿Hasta dónde podía llegar ese chico?

Todavía era demasiado temprano para responderla. Los entrenadores tenemos que cuidarnos de los entusiasmos prematuros. Una actuación extraordinaria no define una carrera. Un ejercicio

resuelto con brillantez tampoco. El talento necesita confirmarse una y otra vez y, sobre todo, necesita sobrevivir al paso del tiempo.

A los ocho años, Fausti ya era capaz de ejecutar este mate incluso con el reloj en cero, utilizando el *premove*, una función del ajedrez *online* que permite dejar preparada la jugada antes de que el rival realice la suya, ejecutándola de manera instantánea. En su canal de *YouTube* quedó registrada una demostración a partir de esta posición.



1.♔e2

En la primera etapa, el objetivo es arrinconar al rey rival mediante la acción coordinada del rey, el alfil y el caballo.

1...♔f6 2.♔e3 ♔f7 3.♗f3 ♔g7 4.♘e4 ♔h6 5.♔f4 ♔g7 6.♗g4 ♔g8 7.♗f5 ♔g7 8.♔e5 ♔f7 9.♘g5+ ♔g7 10.♘e6+ ♔g8 11.♔f4 ♔f7 12.♔g5 ♔g8 13.♔f6 ♔h8

Para ejecutar este mate es fundamental recordar que solo puede darse en una esquina del mismo color que las casillas por las que se mueve el alfil. En este caso, "h1" o "a8". El rey negro ha llegado a "h8", una esquina incorrecta, por lo que ahora será necesario conducirlo hacia una de las dos esquinas que sirvan para dar mate. En esta ocasión, el camino elegido será hacia "h1". El primer paso es quitarle la casilla "h8".

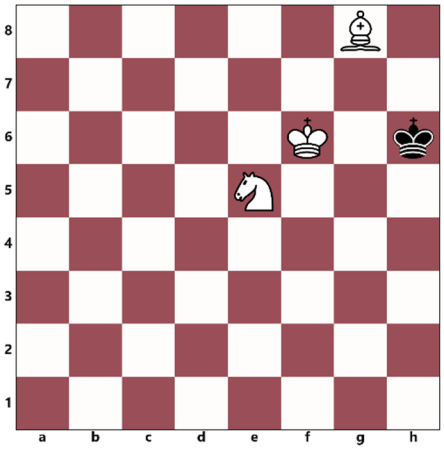
14.♘f4 ♔g8 15.♘g6 ♔h7 16.♗e6

Ahora el objetivo es controlar la casilla "h7" y obligar al rey negro a continuar su recorrido hacia la esquina correcta.

16...♔h6 17.♗g8 ♔h5 18.♘e5 ♔h6

Si el rey intenta escapar hacia el centro, es necesario conocer una maniobra precisa: 18...♔h4 19.♔f5 ♔g3 20.♘g4! ♔f3 21.♗c4! ♔g3 22.♗e2 ♔h4 23.♘f2 ♔g3 24.♘e4+. El caballo y el alfil

forman una barrera que, con la ayuda del rey, impide que el monarca negro vuelva a escapar hacia el centro.



19.♘g4+

El caballo controla "h6" y obliga al rey a continuar hacia "h5".

19...♔h5 20.♔f5 ♔h4 21.♔f4 ♔h5 22.♗f7+

Y el alfil controla "h5".

22...♔h4 23.♘e3 ♔h3 24.♗g6 ♔h4 25.♘g2+

Se repite el mecanismo: el caballo controla "h4" y obliga al rey a seguir descendiendo por la columna "h".

25...♔h3 26.♔f3 ♔h2 27.♔f2 ♔h3 28.♗f5+

El alfil controla "h3".

28...♔h2 29.♗g4 ♔h1 30.♘f4

El caballo se recicla para dominar "h2".

30...♔h2 31.♘e2 ♔h1 32.♘g3+ ♔h2 33.♘f1+ ♔h1 34.♗f3++

Y el alfil da mate en la esquina de su color.

Pero aquello me había impresionado lo suficiente como para querer contrastarlo con otras opiniones. En los días siguientes comenté lo ocurrido con varios amigos grandes maestros y maestros internacionales. No buscaba que me confirmaran que estaba frente a un futuro campeón. Eso habría sido absurdo después de dos clases. Quería saber algo mucho más concreto: ¿habían visto alguna

vez a un niño que llevara apenas cuatro meses jugando al ajedrez ejecutar el mate de alfil y caballo de esa manera?

Ninguno respondió afirmativamente.

Aquello empezó a inquietarme en el mejor sentido de la palabra. Cuando uno lleva muchos años trabajando como entrenador va construyendo, casi sin proponérselo, una especie de archivo mental. Recuerda alumnos, talentos, velocidades de aprendizaje, dificultades habituales. Cada nuevo jugador termina siendo comparado, consciente o inconscientemente, con experiencias anteriores.

Con Fausti empezaba a ocurrirme algo extraño: no encontraba demasiados puntos de comparación.

Poco después llegó a Mar del Plata mi amigo, el maestro internacional y excampeón mundial cadete Marcelo Tempone, a quien estaba entrenando. Nos encontramos para merendar frente al mar. Con Marcelo podía hablar de estas cosas con absoluta confianza. Conocía su talento, su experiencia y su comprensión del ajedrez, así que aproveché el encuentro para contarle lo sucedido.

Le expliqué que estaba trabajando con un chico de seis años que llevaba apenas unos meses jugando. Le hablé de aquella segunda clase y del mate de alfil y caballo. Entonces le pregunté:

—¿Vos a qué edad pudiste hacerlo en ese tiempo?

Marcelo sonrió levemente.

—Yo hoy no sé si puedo darlo en menos de dos minutos.

No hizo falta agregar nada más. Para mí aquella frase tuvo un peso enorme. No se trataba de la opinión entusiasmada de un familiar ni de alguien impresionado porque un chico jugara bien al ajedrez. Me lo estaba diciendo Marcelo Tempone, maestro internacional, excampeón mundial cadete y uno de los jugadores más talentosos que había conocido.

Si alguien de su nivel reaccionaba de esa manera, entonces quizás mi sorpresa no era exagerada.

Volví mentalmente a aquella segunda clase: al niño frente a la pantalla, a las jugadas apareciendo una detrás de otra, al reloj avanzando, al mate. Y empecé a comprender que tal vez estaba presenciando algo que no había visto antes.

No sabía qué iba a ocurrir con Fausti. No imaginaba récords, títulos internacionales ni nada de lo que vendría después. Habría sido imposible proyectar semejante historia cuando apenas llevábamos dos clases.

Pero algo sí había cambiado. Después de aquella conversación con Marcelo, dejé de preguntarme solamente si Faustino tenía talento. Empecé a preguntarme qué clase de talento tenía delante.

Y para un entrenador, esa pregunta lo cambia todo. Porque cuando aparece un alumno diferente, el entrenador también tiene que empezar a ser diferente.

Todavía no lo sabía, pero aquella segunda clase no había sido solamente el descubrimiento de algo extraordinario en Fausti. También había comenzado, silenciosamente, un nuevo desafío para mí.